

Robert Service

HISTORIA DE
RUSIA
EN EL SIGLO XX



CRÍTICA

Índice

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción

1. ¿Y Rusia? (1900-1914)
2. La caída de los Romanov (1914-1917)

Primera parte

3. Conflictos y crisis (1917)
4. La revolución de octubre (1917-1918)
5. El nuevo y el viejo mundo
6. Guerras civiles (1918-1921)
7. La Nueva Política Económica (1921-1928)
8. El leninismo y sus descontentos

Segunda parte

9. El primer plan quinquenal (1928-1932)
10. Fortalezas asaltadas: cultura, religión y nación
11. Terror y más terror (1934-1938)
12. Frente al totalitarismo
13. La segunda guerra mundial (1939-1945)

Coda

14. Sufrimiento y lucha (1941-1945)

Tercera parte

15. Los martillos de la paz (1945-1953)
16. El déspota y sus máscaras
17. «Desestalinización» (1953-1961)
18. Esperanzas defraudadas (1961-1964)
19. Estabilización (1964-1970)

Cuarta parte

20. «Socialismo desarrollado» (1970-1982)
21. Privilegio y disconformidad
22. Hacia la reforma (1982-1985)
23. «Glasnost» y «perestroika» (1986-1988)
24. El hundimiento del imperio (1989)
25. Comienzo y final (1990-1991)
26. El poder y el mercado (1992-1993)
27. ¿Y Rusia? (1994-1997)

Epílogo: el pasado y el futuro

Bibliografía
Mapas
Índice de mapas
Abreviaturas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A Adele, con amor

Agradecimientos

Estos son tiempos inusitados para estar estudiando Rusia incluso para las pautas rusas. Se han abierto los archivos y contactar con escritores rusos ya no es difícil. Se han publicado colecciones documentales importantes. Es necesario que los temas de información más nuevos deban incorporarse a una descripción y un análisis generales.

En la realización de esta tarea he tenido la suerte de recibir ayuda por parte de los siguientes académicos que leyeron los borradores: Francesco Benvenuti, Archie Brown, Bob Davies, Peter Duncan, Israel Getzler, Geoffrey Hosking, László Péter, Silvio Pons, Martyn Rady, Arfon Rees y Karen Schönwälder. Sus comentarios me llevaron a corregir muchas cosas, y todos me ayudaron con amabilidad respondiendo a mis preguntas. También debo dar las gracias a los miembros del grupo de estudio de la prensa del SSEES y a otras personas de Londres que me han avisado sobre algunos materiales interesantes aparecidos en revistas y periódicos rusos: John Channon, Norman Davies, Peter Duncan, Julian Graffy, Jane Henderson, Geoffrey Hosking, Lindsey Hughes, John Klier, John Morrison, Rudolf Muhs, Judith Schapiro y Faith Wigzell, Maria Lenn.

Asimismo, tampoco debo dejar de mencionar el valor de las discusiones que he mantenido durante varios años con los historiadores Gennadi Bordyugov, Vladimir Buldakov, Oleg Jlevnyuk, Vladimir Kozlov y Andrei Sajarov. Al margen de su competencia profesional, todos han compartido conmigo sus percepciones e intuiciones sobre la historia de Rusia negadas a cualquier extranjero.

Mientras escribía algunos de los capítulos, he podido acceder al Centro para la Conservación y el Estudio de Documentos de la Historia Reciente (RTsJIDNI), al Archivo Estatal de la Federación Rusa (GARF) y al Archivo Especial (OA). En los dos primeros de estos tres archivos encontré materiales valiosos en condiciones que reflejaban los cambios políticos recientes que han sucedido en Rusia, y siempre recordaré cuando en septiembre de 1991 Bob Davies y yo entramos en el Centro para la Conservación y el Estudio de Documentos de la Historia Reciente cuando se estaba «abriendo» después del fracasado golpe de estado de agosto de 1991. Asimismo, no debería olvidar la experiencia compartida dos años más tarde con Rudolf Muhs en el Archivo Especial, una institución que nos dio material para leer por la mañana cuya existencia fue negada por la tarde. Pero en general las bibliotecas y archivos de Moscú han sido de tanta utilidad como la biblioteca del SSEES en Londres; y esto es mucho decir, pues John Screen, Lesley Pitman y Ursula Phillips no podrían haber hecho más por facilitarme la investigación necesaria para escribir el libro.

La mayor deuda que tengo es con mi esposa Adele Biagi, que examinó los primeros borradores y me apartó de la tentación de tomar un punto de vista demasiado particularista sobre Rusia. También ha resultado un placer hablar acerca de la historia de Rusia con nuestros hijos —Emma, Owain, Hugo y Francesca— a medida que han ido creciendo. Leyeron algunos de los capítulos, y sus sugerencias dieron lugar a algunas revisiones útiles. Rusia es una fuente de fascinación cambiante pero perpetua, una fascinación que espero que este libro contribuya a difundir.

ROBERT SERVICE

Introducción

El núcleo central de esta historia de Rusia en el siglo XX es el período de gobierno comunista. Antes de 1917 Rusia y su imperio eran gobernados por los zares de la dinastía de los Romanov. Durante la revolución de febrero Nicolás II fue derrocado, y el Gobierno provisional de liberales y socialistas que le siguió duró solamente unos pocos meses. En 1917 Vladimir Lenin y su Partido Comunista organizaron la revolución de octubre y crearon el primer estado comunista del mundo, que sobrevivió hasta la disolución de la URSS en 1991. Durante los años que transcurrieron entre esas dos fechas imperó un nuevo entramado en los planos político, social, económico y cultural. La URSS era una dictadura muy centralizada y de carácter unipartidista: impuso una ideología oficial única, así como fuertes restricciones a las manifestaciones nacionales, religiosas y culturales. La economía era básicamente estatal. Este entramado soviético sirvió de modelo para los muchos estados comunistas que se crearon en otros países.

Las fases del pasado ruso reciente transcurrieron a una velocidad vertiginosa. Así, tras la revolución de octubre estalló una guerra civil a lo largo del país y su antiguo imperio, y, tras ganar el conflicto militar, los propios comunistas estuvieron a punto de ser derrocados por sublevaciones populares. En 1921 Lenin introdujo una Nueva Política Económica que supuso realizar concesiones provisionales, en especial al campesinado. Pero a finales de la misma década, Yosif Stalin, que tras la muerte de Lenin en 1924 aparecía como la principal figura del partido, lanzó al país hacia una campaña destinada a una industrialización acelerada y

una colectivización forzosa de la agricultura. A todo ello seguiría, a finales de los años treinta, el gran terror, tras lo cual dio comienzo la segunda guerra mundial. Después de la derrota de Alemania en 1945, Stalin puso la Europa del Este bajo dominio soviético y acometió la reconstrucción de la posguerra recurriendo a sus propios métodos brutales. Solamente después de su muerte en 1953 pudo la dirección del Partido encabezada por Nikita Jruschov iniciar la reforma del orden soviético. Sin embargo, el mandato de Jruschov dio lugar a tanta inestabilidad política y resentimiento que en 1964 sus compañeros lo desalojaron del poder.

Su sucesor, Leonid Brezhnev, presidió el país durante una fase —por lo demás larguísima— de estabilización insegura, y cuando murió en 1982, se reanudó la batalla sobre si era o no necesario reformar el sistema. En 1985 Mijail Gorbachov se convirtió en el líder del Partido Comunista e introdujo reformas radicales en el ámbito de la política y las instituciones de resultas de lo cual se produjo una transformación drástica. No obstante, al indicar Gorbachov que no utilizaría las fuerzas armadas para mantener el control político soviético en Europa del Este, en 1989 los regímenes comunistas cayeron en rápida sucesión y el «imperio exterior» de Rusia se desmoronó. Asimismo, en la Unión Soviética las medidas de Gorbachov también socavaron el *statu quo*; la mayor parte de quienes le apoyaban en el partido y en el gobierno estaban desconcertados ante sus reformas, por lo que en agosto de 1991 algunos de ellos llevaron a cabo una chapucera intentona golpista para detener el proceso. Pese a regresar por breve tiempo al poder, Gorbachov se vio obligado a abandonar su propio partido y aceptar la disolución de la URSS.

En 1992, Rusia y otras repúblicas soviéticas se independizaron. Como presidente de Rusia, Boris Yeltsin anunció que su objetivo estratégico consistía en la «descomunización» de la vida política y económica, y bajo sus auspi-

cios se formó una Comunidad de Estados Independientes. Con todo, algunas de las dificultades fundamentales perduraron: el declive económico se aceleró bruscamente, el sector industrial se colapsó, la desorganización social y administrativa se agudizó y la criminalidad se generalizó. Es más: la asiduidad de los conflictos entre los políticos condujo a Boris Yeltsin a ordenar la toma por asalto de la Casa Blanca rusa en octubre de 1993 y el arresto de sus oponentes, tras lo cual en diciembre introdujo una nueva constitución. Pese a todo, siguió existiendo una fuerte oposición al proceso de reforma. El comunismo no fue solamente una ideología, un partido y un estado, sino que se convirtió en un orden entero de la sociedad, por lo que las actitudes, las técnicas y los intereses objetivos dentro de esa sociedad se resistieron a su rápida disolución. El camino hacia la democracia y la economía de mercado se vio entorpecido por multitud de obstáculos.

No sorprende que la historia de Rusia en el siglo xx haya generado disputas interpretativas. Desde 1917 hasta mediados de los años ochenta, los propagandistas comunistas oficiales sostuvieron que no había nada que fuera seriamente erróneo en la Unión Soviética y que el régimen era capaz de construir un orden socialista que funcionara perfectamente.¹

Tales alardes recibieron críticas constantes. Socialistas antibolcheviques como Yuri Martov y Feodor Dan sostuvieron que el leninismo, al basarse en la dictadura y la burocracia, suponía una distorsión fundamental del socialismo.² A finales de la década de los veinte Lev Trotski compartió esta posición, aunque con la salvedad de que para él lo que había causado la distorsión era la mala aplicación del leninismo por parte de Stalin.³ Otros autores, en especial Iván Ilin (en nuestros días la figura más destacada de esta postura ha sido Alexander Solzhenitsyn), mantuvieron que el leninismo era algo importado y completamente ajeno a

las virtudes y costumbres tradicionales rusas.⁴ No obstante, esta escuela de pensamiento se vio cuestionada por el filósofo religioso y socialista Nikolai Berdyaev, que describió a la URSS como una reencarnación del extremismo intelectual ruso; a su parecer, el régimen de Lenin y Stalin había reforzado las tradiciones de represión política, de intolerancia ideológica y de una sociedad pasiva y llena de resentimiento.⁵

Otra interpretación temprana la ofreció Nikolai Ustryalov, huido de Rusia al principio de la guerra civil. Al contrario que Berdyaev, Ustryalov se centró en los aspectos imperiales e internacionales de la política de los años veinte y vio en la Unión Soviética el renacimiento del imperio ruso. Dio la bienvenida a los bolcheviques como los responsables de que Rusia volviera a ser una gran potencia que abandonaba continuamente su ideología en favor del nacionalismo.⁶ En los años cincuenta, E. H. Carr y Barrington Moore desarrollaron esta orientación. La idea que los guiaba era que los comunistas eran en esencia modernizadores autoritarios, modernizadores a los que su país necesitaba porque su burguesía industrial había sido siempre demasiado débil como para completar la tarea modernizadora de la Rusia de los Romanov.⁷ Aunque no aceptaban el terror de estado aplicado por Stalin, Carr y Moore vieron en su manera de gobernar un método efectivo que permitió a Rusia competir con la economía y la cultura de Occidente.

Semejante punto de vista le parecía ofensivamente suave al socialdemócrata austríaco Rudolf Hilferding, quien a finales de los años treinta calificó a la URSS de país «totalitario». Tras la segunda guerra mundial, Leonard Schapiro y Merle Fainsod desarrollaron este concepto:⁸ en particular, sugirieron que la URSS y la Alemania nazi habían inventado una forma de sociedad en la que el poder se ejercía de manera exclusiva desde el centro político y el estado monopolizaba los medios de coerción, producción material y comu-

nicación pública, con el resultado de una sujeción más o menos total de todos los ciudadanos a las exigencias del grupo gobernante.⁹

Asimismo, añadían que este grupo se había hecho invulnerable a las reacciones que se pudieran producir en el seno del estado y la sociedad en el sentido más amplio. Con una postura algo diferente, el antiguo comunista yugoslavo Milovan Djilas indicó que había surgido una nueva clase con sus propios intereses y su propia autoridad, de tal modo que la URSS, lejos de encaminarse hacia la eliminación de las clases, poseía elites administrativas capaces de traspasar sus privilegios de generación en generación.¹⁰ Daniel Bell, aunque no negó validez a los análisis de Djilas, sostuvo que las tendencias existentes en la sociedad industrial contemporánea ya estaban empujando a la dirección soviética hacia la suavización de su autoritarismo y apuntó que las sociedades capitalistas occidentales estaban adoptando muchas de las medidas de regulación económica y de asistencia pública estatales aplicadas en la URSS; en este sentido, se dijo que se estaba produciendo una convergencia de los modelos de sociedad soviético y occidental.¹¹

Ciertamente, esta serie de interpretaciones reflejaban aspectos importantes de la realidad soviética, y había cierta validez hasta en la pretensión oficial soviética de que se estaban logrando progresos en el bienestar del pueblo. Aun así, Martov y Dan eran más convincentes al sostener que Lenin distorsionó las ideas socialistas e introdujo decisiones políticas que habrían de arruinar la vida de millones de personas; y, como ha subrayado Solzhenitsyn, muchos rasgos de la ideología soviética se originaron fuera de Rusia. Por su parte, Berdyaev estaba en lo cierto al sostener que la URSS reprodujo las tradiciones ideológicas y sociales prerrevolucionarias, y también lo estaba Ustryalov al afirmar que la política de los líderes comunistas tenía que ver cada

vez más con los intereses del país como gran potencia, a lo que cabe añadir que, como insistían Carr y Moore, estos dirigentes también eran modernizadores autoritarios. Asimismo, a los respectivos argumentos de Djilas, en el sentido de que las elites administrativas soviéticas se estaban convirtiendo en una clase social distinta en la URSS, y de Bell, en el de que la sociedad industrial moderna creó presiones sociales y económicas que la dirección del Kremlin no pudo rechazar por entero, no les faltaba verosimilitud, y Schapiro y Fainsod acertaban de pleno al subrayar la naturaleza opresiva sin precedentes del orden soviético en su batalla por el control completo del estado y la sociedad.

El libro que el lector tiene entre sus manos hace suyas las principales ideas de estas interpretaciones divergentes, pero también pone un acento propio en los dinámicos procesos internos de la historia de la URSS. Unos pocos partidarios del modelo totalitario han reconocido que incluso durante el mandato de Stalin hubo aspectos de la vida que se resistieron a su interferencia, reconocimiento del que se hace uso en los capítulos que siguen. La intimidación profunda de la población representaba una faceta fundamental y permanente del gobierno soviético, pero, aun así, tanto la informalidad y el desarreglo de la administración —e incluso las situaciones de completo desorden— como la obsesión por la disciplina han caracterizado la vida de la URSS a lo largo de su existencia.¹² En muchos sentidos, las sociedades occidentales liberal-democráticas siempre han sido mucho más ordenadas que la Unión Soviética. Además, los diferentes impedimentos al ejercicio de un control político total no eran tanto obstáculos a la existencia del sistema como un elemento consustancial a los medios con los que ese sistema trataba de sostenerse.

El sistema perduró durante siete décadas, y es indispensable reconocer que el período comprendido entre 1917 y 1991 tuvo una unidad interna fundamental. El centralismo político, la dictadura, la violencia, el monopolio

ideológico, la manipulación nacional y la propiedad estatal fueron ingredientes permanentes del compuesto comunista soviético: Lenin y sus compañeros los implantaron un par de años después de la revolución de octubre, y el Politburó de Gorbachov los empezó a suprimir sólo dos o tres años antes del desmantelamiento de la URSS. No cabe duda de que los regímenes de Lenin, Stalin, Jruschov y Gorbachov se diferenciaban entre sí, pero la serie de elementos del comunismo soviético destacó por su continuidad desde el principio hasta el fin.

No obstante, la dirección política del país se encontró con que estos mismos elementos tendían a crear disolventes que alteraban el entramado original. Así, la consolidación de un estado unipartidista tuvo el efecto de incitar a la gente a afiliarse al partido a causa de los sobresueldos de los que se gozaba por formar parte del mismo; y, aparte del carrerismo, se encontraron con la dificultad de que el marxismo-leninismo presentara ambigüedades en muchas de sus facetas: ni siquiera un estado basado en una ideología única podía dar por concluidas las disputas si los dirigentes del partido se hallaban entre los participantes de la controversia. Por otro lado, los dirigentes de las diferentes localidades y del centro protegían sus intereses personales nombrando a amigos y colegas para los cargos asignados a sus feudos administrativos. El clientelismo era muy común, y también lo eran los intentos de asociación de los funcionarios de cada localidad para entorpecer las exigencias que la dirección central les planteaba. Asimismo, el desprecio por la ley, junto con la prohibición de elecciones libres, condujeron a una cultura de la corrupción.

La remisión de informes deficientes a las autoridades superiores era la norma, las facturas estaban falsificadas y las normativas sobre las prácticas laborales no se cumplían. Asimismo, había constantes motivos de preocupación sobre la cuestión nacional: muchos pueblos de la URSS acentuaron sus hechos diferenciales y algunos aspiraron a la in-